

LA VIEJA VIDA

por Rafael Juárez

«¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?»

Esos dos versos pertenecen al poema que Francisco Ayala prefería entre los de Antonio Machado. En su formulación como pregunta, como duda, dicen mucho de quien los escribió y de quien los leyó con admiración: después de la muerte, ¿qué desaparece? La vida vieja, la que viene rodando desde el primer hombre hasta el que a cada instante entre nosotros deja de existir, se reordena en cada vida; cada persona se apropia de ella, la convierte en historia. Y esa vida particular, ¿tiene que desaparecer?

Francisco Ayala ha muerto vivo; así había vivido, con una presencia permanente en la realidad, haciendo suya la vieja vida mediante el disfrute de sus bienes y el padecimiento consciente de sus penas, convirtiéndola, si una urgente necesidad interior se lo imponía, en poesía, en palabras ordenadas para ofrecer a sus semejantes experiencias comunes transformadas en arte, en permanencia, por un estilo poderoso, como de otro siglo. Su escritura parece, en muchas ocasiones, no pertenecerle, sino formar parte también del viejo acervo humano, como su dignidad y lo que nos empeñamos en llamar lucidez y debiéramos considerar mejor una fuerte voluntad ética, un esfuerzo educado desde su niñez por controlar sus demonios interiores y convertirlos en gestos de responsabilidad permanente ante alumnos y amigos, lectores y compañeros de vida.

Cuando últimamente le pedíamos que nos acompañase a comer en la calle, por traer un ejemplo nimio, se quejaba con amargura de la educación que había recibido, porque había sido perversa, decía: solo era feliz si conseguía cumplir las expectativas de los demás, y cuando las fuerzas comenzaban a fallarle advertía de que, por favor, no se le pidiese lo que no podría cumplir, porque eso le creaba una desazón mayor que su decaimiento.

Lo recordaré siempre levantándose al finalizar el último orador su intervención en el congreso internacional que se había organizado en Granada para celebrar su centenario. Habló, y en sus palabras la modestia intelectual y la apabullante capacidad de analizar constantemente su experiencia culminaron con una frase que a lo largo de su vida ha sido un estímulo y una conclusión: nunca sabemos nada. Quizá por eso, sus versos preferidos son una pregunta, una esperanza.